

En el fin de vuestra vida,  
Y prometo á vuestra Alteza,  
A fe de caballería,  
Que me escriba por traidor  
Si lo dicho no cumplía  
De matar á la Condesa,  
Aunque mal no merecía.  
Buen Rey, si me dais licencia  
Luego yo me partiría.  
—Vades con Dios, el buen Conde,  
Ordenad vuestra partida. —  
Llorando se parte el Conde,  
Llorando sin alegría;  
Llorando por la Condesa,  
Que mas que á sí la quería.  
Lloraba también el Conde  
Por tres hijos que tenía,  
El uno era de teta,  
Que la Condesa lo cria,  
Que no quería mamar  
De tres amas que tenía  
Sino era de su madre  
Porque bien la conocía;  
Los otros eran pequeños,  
Poco sentido tenían.  
Antes que el Conde llegase  
Estas razones decía:  
— ¿Quién podrá mirar, Condesa  
Vuestra cara de alegría,  
Que saldreis á recibirme  
A la fin de vuestra vida?  
Yo soy el triste culpado,  
Esta culpa toda es mía. —  
En diciendo estas palabras  
Ya la Condesa salía,  
Que un paje le había dicho  
Como el Conde ya venía.  
Vido la Condesa al Conde  
La tristeza que tenía,  
Vióle los ojos llorosos  
Que hinchados los tenía  
De llorar por el camino  
Mirando el bien que perdía.  
Dijo la Condesa al Conde:  
— ¿Bien vengais, bien de mi vida!  
¿Qué habeis, el conde Alarcos?  
¿Por qué llorais, vida mía,  
Que venis tan demudado  
Que cierto no os conocía?  
No parece vuestra cara  
Ni el gesto que ser solía;  
Dadme parte del enojo  
Como dais de la alegría.  
¿Decidme luego, Conde,  
No mateis la vida mía!  
— Yo vos lo diré, Condesa,  
Cuando la hora sería.  
— Si no me lo decís, Conde,  
Cierto yo reventaría.  
— No me fatigéis, señora,  
Que no es la hora venida.  
Cenemos luego, Condesa,  
D'aqueso que en casa había.  
— Aparejado está, Conde,  
Como otras veces solía. —  
Sentóse el Conde á la mesa,  
No cenaba ni podía,  
Con sus hijos al costado,  
Que muy mucho los quería.  
Echóse sobre los hombros;  
Hizo como que dormía;  
De lágrimas de sus ojos  
Toda la mesa corría.  
Mirábalo la Condesa  
Que la causa no sabía;  
No le preguntaba nada,  
Que no osaba ni podía.  
Levantóse luego el Conde,  
Dijo que dormir quería;

Dijo también la Condesa  
Que ella también dormiría;  
Mas entre ellos no había sueño,  
Si la verdad se decía.  
Vanse el Conde y la Condesa  
A dormir donde solían:  
Dejan los niños de fuera,  
Que el Conde no los quería:  
Llevaron el mas chiquito,  
El que la Condesa cria.  
El Conde cierra la puerta,  
Lo que hacer no solía.  
Empezó de hablar el Conde  
Con dolor y con mancilla:  
— ¡Oh desdichada Condesa,  
Grande fué la tu desdicha!  
— No soy desdichada, Conde,  
Por dichosa me tenía  
Solo en ser vuestra mujer:  
Esta fué gran dicha mía.  
— ¡Si bien lo mirais, Condesa,  
Esa fué vuestra desdicha!  
Sabed que en tiempo pasado  
Yo amé á quien bien servía,  
La cual era la Infanta.  
Por desdicha vuestra y mía  
Prometí casar con ella;  
Y á ella que le placía,  
Demándame por marido  
Por la fe que me tenía.  
Puédelo muy bien hacer  
Por razon y por justicia:  
Dijomelo el Rey su padre  
Porque d'ella lo sabía.  
Otra cosa manda el Rey  
Que toca en el alma mía:  
Manda que murais, Condesa,  
A la fin de vuestra vida,  
Que no puede tener honra  
Siendo vos, Condesa, viva. —  
De qu'esto oyó la Condesa  
Cayó en tierra mortecida:  
Mas despues en sí tornada  
Estas palabras decía:  
— ¡Pagos son de mis servicios,  
Conde, con que yo os servía!  
Si no me matais, el Conde,  
Yo bien os aconsejaría:  
Enviédesme á mis tierras  
Que mi padre me tenía;  
Yo criaré vuestros hijos  
Mejor que la que venía,  
Y os mantendré castidad  
Como siempre os mantenía.  
— De morir habeis, Condesa,  
En antes que venga el día.  
— ¡Bien parece, conde Alarcos,  
Yo ser sola en esta vida;  
Porque tengo el padre viejo,  
Mi madre ya es fallecida,  
Y mataron á mi hermano  
El buen conde Don Garcia,  
Que el Rey lo mandó matar  
Por miedo que dél tenía!  
No me pesa de mi muerte,  
Que yo de morir tenía,  
Mas pésame de mis hijos,  
Que pierden mi compañía:  
Hacémoslos venir, Conde,  
Y verán mi despedida.  
— No los veréis mas, Condesa,  
En dias de vuestra vida:  
Abrazad ese chiquito,  
Que aqueste es el que os perdía.  
Pésame de vos, Condesa,  
Cuanto pesar me podía.  
No os puedo valer, señora,  
Que mas me va que la vida;  
Encomendaos á Dios,

Qu'esto de hacerse tenía.  
— Dejeisme decir, buen Conde,  
Una oracion que sabía.  
— Decíla presto, Condesa,  
Antes que amanezca el día.  
— Presto la habré dicho, Conde,  
No estaré un Ave Maria. —  
Hincó rodillas en la tierra  
Y esta oracion decía:  
«En las tus manos, Señor,  
»Encomiendo el alma mia:  
»No me juzgues mis pecados  
»Segun que yo merecía,  
»Mas segun tu gran piedad  
»Y la tu gracia infinita.»  
— Acabada es ya, buen Conde,  
La oracion que yo sabía;  
Encomiéndooos esos hijos  
Que entre vos y mí había,  
Y rogad á Dios por mí  
Mientras tviéredes vida,  
Que á ello sois obligado  
Pues que sin culpa moría.  
Dédeme acá ese chiquito,  
Mamará por despedida.  
— No le despertéis, Condesa,  
Dejadlo estar, que dormía,  
Sino que os pido perdon  
Porque ya se viene el día.  
— A vos yo perdono, Conde,  
Por amor que vos tenía;  
Mas yo no perdono al Rey,  
Ni á la Infanta la su hija,  
Sino que queden citados  
Delante la alta justicia,  
Que allá vayan á juicio  
Dentro de los treinta dias. —  
Estas palabras diciendo  
El Conde se apercibía:  
Echóle por la garganta  
Una toca que tenía,  
Apretó con las dos manos  
Con la fuerza que podía:  
No le afloja la garganta  
Mientras que vida tenía.  
Cuando ya la vido el Conde  
Traspasada y fallecida,  
Desnudóse los vestidos  
Y las ropas que tenía:  
Echóla encima la cama,  
Cubrióla como solía;  
Desnudóse á su costado,  
Obra de un Ave Maria:  
Levantóse dando voces  
A la gente que tenía.  
— ¡Socorred, mis caballeros,  
Que la Condesa se fina! —  
Hallan la Condesa muerta  
Los que á socorrer venían.  
Así murió la Condesa,  
Sin razon y sin justicia;  
Mas también todos murieron  
Dentro de los treinta dias.  
Los doce dias pasados  
La Infanta ya se moría;  
El Rey á los veinte y cinco,  
El Conde al treinteño día,  
Allá fueron á dar cuenta  
A la justicia divina.  
Acá nos dé Dios su gracia,  
Y allá la gloria cumplida.

(Cancionero de Romances. — II. Romance del conde Alarcos, Pliego suelto.)

Este romance, mas bien de amor que caballeresco, se coloca como tal entre los del Ciclo Carolingio, por ser una historia hecha á semejanza de los del conde Claros, y por contener vestigios de las costumbres feudales, y del poder que á veces el señor ejercía sobre sus feudatarios beneficiados. Aquí el conde Alarcos es un ejemplo de ello, y de que tal vez

en algunos próceres, especialmente en España, se sacrificaba mucho á la fidelidad de los monarcas. La supersticion de los emplazamientos ante el juicio de Dios, que era comun en los siglos medios, y en particular en la época de nuestro Fernando IV, dicho el Emplazado, ó su recuerdo, debió influir mucho en el poeta para la catástrofe de su romance; el cual es uno de los que ofrecen situaciones mas tiernas y patéticas, por mas que inverosímiles parezcan los medios de alcanzarlas. La misma ruda é inartificial senillez con que están expresadas, contribuye á que resuenen mas y mas en lo íntimo del corazón. LOPE DE VEGA formó con esta fábula su interesante comedia de *La fuerza lastimosa*; y GUILLEN DE CASTRO, y MIRADENSCUA, cada uno por su parte, escribieron un drama intitulado *El conde Alarcos*.

366.

ROLDAN DESTERRADO. — I.

(Anónimo 4.)

Día era de Sant Jorge,  
Día de gran festividad;  
Aquel día por mas honor  
Los doce se van á armar  
Para ir con el Emperador  
Y haberlo de acompañar.  
Todos vinieron de grado  
Con un placer singular,  
Sino el bueno de Reinaldos,  
Que se estaba en Montalvan,  
Y no se halló al presente  
En la tal festividad.  
Allí todos los caballeros  
Por traidor le van reptar.  
Esto causó Galalon,  
Porque le quería mal;  
Revolvióle con el Emperador,  
Con los doce otro que tal.  
Mucho le pesó á Roldan  
De vello así maltratar,  
Fuese para el Emperador  
De priesa y no de vagar,  
Y con voz muy enojada  
Al Emperador fué á hablar;  
— ¡Mucho me pesa, señor,  
D'ello tengo gran pesar,  
Que á Reinaldos en ausencia  
Tan mal le quieran tratar;  
Y si tal cosa pasase  
La vida me ha de costar! —  
El Emperador con enojo  
Que había de lo escuchar,  
Alzó la mano con saña,  
Un bofetón le fué á dar,  
Que otra vez no fuese osado  
Al Emperador así hablar.  
Mucho se enojó de aquesto  
El bueno de Don Roldan;  
Allí hizo juramento  
Encima de un altar,  
En los dias que viviese  
En Francia jamas entrar,  
Hasta que de todos los doce  
El se hubiese de vengar.  
Ya se parte Don Roldan,  
Ya se parte, ya se va  
Solo con un pajecico  
Que le solía acompañar.  
Por sus jornadas contadas  
A España fuera llegar.  
Andando por su camino  
A su ventura buscar,  
Encontró un moro valiente,  
Cerca estaba de la mar.  
Guarda era de una puente  
Que á nadie deja pasar,  
Sino que por fuerza ó grado  
Con él haya de pelear,  
Porque su señor el Rey  
Así se lo fué á mandar:

Que hombre que viniese armado  
No lo dejase pasar :  
O que dejase las armas,  
O en el reino no ha de entrar.  
Don Roldan con gran enojo  
Que habia de lo escuchar,  
Hablóle muy mesurado,  
Tal respuesta le fué á dar:  
—Que antes las defenderia  
Que no habellas de dejar,  
Porque nadie fuese osado  
De las sus armas quitar,  
Que no le costase la vida  
Al ménos, ménos costar.—  
Allí le hablara el moro,  
Bien oireis lo que dirá:  
—Pues lo quereis, caballero,  
Luego se haya de librar,  
Que ó vos dejareis las armas,  
Ó yo quedaré con mal.—  
Luego abajaron las lanzas,  
Fuéronse ambos á encontrar.  
A los primeros encuentros  
Las lanzas quebrado han :  
Echan mano á las espadas  
De priesa y no de vagar :  
¡Tan fuertes golpes se daban  
Que era cosa de mirar!  
Alzo el moro su espada,  
A Don Roldan fué acertar  
Encima de la cabeza,  
Que lo hizo arrodillar:  
Don Roldan que aquesto vido  
Tal golpe le fuera á dar,  
Que de la grande herida  
Luego se fué á desmayar.  
—Di, moro, ¿qué has sentido?  
¿Ya no curas de hablar?—  
—He sentido un acerito<sup>2</sup>;  
Por medio me fué á pasar.—  
Don Roldan le dijo luego,  
Bien oireis lo que dirá:  
—Que maldito fuese el hombre  
Que no sentia su mal.  
Cálzate ya esa espuela  
Que se te quiere quitar.—  
Abájose á mirar la espuela,  
No se pudo levantar :  
Murió luego prestamente  
Sin mas un punto pasar.  
Quitóle luego las armas  
El bueno de Don Roldan,  
Tambien le quitó el vestido,  
Los suyos le fué á dejar,  
Un sayo de cuatro cuartos<sup>3</sup>  
Con que solia caminar,  
Y con un pajecico  
A Francia lo fué enviar.  
Armado y con sus vestidos  
Parecia Don Roldan :  
Dijole que lo llevase  
Adonde Doña Alda está,  
Y dijese que era su esposo,  
Que le hiciese enterrar.  
De que el paje fué llegado  
A Paris esa ciudad,  
Mostráraselo á Doña Alda  
Con grande angustia y pesar.  
Desque vido el cuerpo muerto  
Pensó que era Don Roldan;  
Los llantos que ella hacia  
Dolor eran de mirar.  
Por él lloraban los doce,  
El Emperador otro que tal,  
Llórale toda la corte,  
El comun en general.  
Arzobispos y perliados,  
Cuantos en la corte están,  
Con mucho pesar y tristeza

Lo llevaron á enterrar.  
Don Roldan muy bien armado  
Con armas que fué á tomar,  
Fuérase para las tiendas  
Do el Rey moro suele estar.  
Era el Rey moro mancebo  
Ganoso de pelear :  
De los doce Pares de Francia  
El se queria vengar.  
Recibióle con mucha honra,  
Allí amor le fué á mostrar,  
Pensando que era el moro valiente  
Que los reinos solia guardar.  
Dijole cómo en la puente  
Habia muerto á Don Roldan.  
El Rey luego en aquel día  
A Francia le fué á enviar :  
Diole luego mucha gente,  
Hizole su capitán  
Para ir á buscar los doce  
Y con ellos pelear.  
Ya se parte Don Roldan  
A Paris á la cercar :  
Los moros que van con él  
Pensaban en su pensar  
Que era el moro valiente  
Que los reinos solia guardar.  
Envían luego mensajeros  
A Paris, esa ciudad,  
Que ya despues allegados,  
Asentado su real,  
Que presto y sin dilacion  
Se les diese la ciudad,  
O los doce salgan luego  
Si por armas se ha de librar.  
Respondió el Emperador,  
Bien oireis lo que dirá:  
—Que le placia de buen grado  
Los doce allá enviar.—  
Para un día señalado  
Concertaron el pelear :  
Aquel día salieron los doce  
Al campo para lidiar.  
Los caballos llevan holgados,  
No se barten de relinchar;  
Con una furia muy grande  
En los moros se van lanzar.  
Hácese una batalla  
Muy cruel en la verdad ;  
Mas los moros siendo muchos,  
Todos los fuéron á cativar,  
Y tambien á Galalon,  
Así mesmo otro que tal.  
¡Gran deshonra es de los doce  
En dejarse así tomar!  
Viendo esto el Emperador  
Desde su palacio real,  
Mandó llamar sus caballeros  
Para consejo tomar.  
—Ya sabeis que Don Reinaldos  
Es buen vasallo real,  
Y es uno de los doce,  
De lo bueno principal ;  
Siempre miró por mi honra,  
Por mi corona imperial ;  
Pues los doce le han reptado,  
Yo le quiero perdonar.—  
Todos holgaron muy mucho  
De lo qu'el Emperador fué hablar.  
Envían luego á Don Reinaldos  
A do estaba en Montalvan,  
Que viniese luego á Paris  
Para con el moro pelear,  
Que era cosa que cumplia  
A su alta Majestad,  
Y tambien porque en Francia  
No le hay mas singular.  
Ya se parte Don Reinaldos  
Donde los moros están :

Con aquel moro valiente,  
Con él iba á pelear.  
Consigo lleva á Doña Alda  
La esposica de Roldan ;  
Mas bien sabia Don Reinaldos,  
Bien sabia la verdad,  
Que aquel moro valiente  
Era su primo Roldan,  
Que un tio que tenia  
Le dijera la verdad ;  
Por arte de nigromancia  
Así lo fuera á hallar,  
Que Don Roldan era venido,  
Y cómo estaba en el real,  
Y qu'el cuerpo que trajeron  
Era un moro que fué á matar.  
Andando por sus jornadas  
Fuéron al campo á llegar ;  
Armóse luego Reinaldos  
Para con el moro pelear :  
A los primeros encuentros  
Los primos conocido se han :  
Conociéronse entrambos  
En el aire del pelear :  
Cuando iban á encontrarse,  
Las lanzas desviado han ;  
Dejado han caer las armas,  
Al suelo las fuéron á echar ;  
Vanse con mucho amor  
El uno al otro abrazar ;  
Allí hubieron gran placer,  
Olvidado han el pesar.  
Mandó llamar á los moros,  
A todos hizo juntar  
Para dalles la razon  
De lo que queria hablar.  
—Vosotros teneis los doce,  
Yo los fuera á cativar ;  
Yo no siento aquí ninguno  
Con quien haya de pelear,  
Si no es con este hombre solo,  
Pues vergüenza me será.—  
Don Roldan y Don Reinaldos  
Comienzan de pelear<sup>4</sup> ;  
¡Cuántos matan de los moros  
Maravilla es de mirar !  
Despues de muertos los moros,  
Y de todos los matar,  
Fué Roldan á su esposica  
Con ella á placer tomar.  
Cuando lo vido Doña Alda,  
De placer queria llorar,  
Las alegrías que hacen  
No se podrian contar.  
Vanse luego á Paris  
Al Emperador consolar ;  
Cuando el Emperador supo  
Que venia Don Roldan,  
Con toda la caballeria  
Salió fuera la ciudad.  
—¡ Bien vengais vos, mi sobrino !  
¡ Bueno sea vuestro llegar !  
¡ Gran placer tengo de veros  
Vivo y sano en verdad !—  
Grandes fiestas se hacian  
Que no se pueden contar :  
Allá iban todos los doce  
Que á la mesa comen pan :  
Todos tuvieron placer  
De la venida de Don Roldan.

(Cancionero de Romances.)

<sup>4</sup> Este romance y el que le sigue son ambos al mismo asunto. El segundo indica haberse hecho despues, é imitando al primero, con mas cuidado y artificio. El que anotamos presenta todos los caracteres de las rústicas improvisaciones que hacian los juglares ó cantores iletrados, sobre un asunto dado. De aquí su pesadez, sus repeticiones, sus modismos bárbaros y vulgares, su impropiedad, su inverosimilitud de expresion y de lenguaje, y sus muletillas para enlazar las ideas y las

frases. ¡ Quién no ve en esto una improvisacion arrastrada por el canto lento y monótono del que busca entre verso y verso la rima que ha de poner, y que necesita del ripio para colocar la que corresponde? ¡ Qué significa el uso continuo del auxiliar con el infinitivo activo, para expresar el pasado, sino un medio de llenar la medida del verso, y de colocar la consonancia en *ar*, en *er* ó en *ir*? Y sin embargo de tanta licencia, los cantores aun no conseguian completamente su fin, pues con mucha frecuencia faltaban á la medida y á la consonancia, la cual convertian en asonancia, ó la cambiaban si no se les ocurría de pronto, para volverla á reproducir cuando la hallaban otra vez. Las reflexiones hechas con motivo de este romance son aplicables á otros infinitos, que debe considerárseles como los mas vulgares de su época.

<sup>2</sup> He sentido un acerito, dice el moro, como despreciando la herida mortal que recibiera.

<sup>3</sup> Cuando Roldan era niño, y estaba abandonado de su real familia, y pidiendo limosna, viéndole desnudo sus compañeros, le dieron cuatro pedazos de paño de diversos colores, con los cuales se vistió. Luego, aunque alcanzó una gran fortuna y estado, siempre hizo sus ropajes de los mismos cuatro colores que le recordaban sus primeros años. Este traje fué sin duda el que puso al cadáver del moro para mejor disfrazarle, y para que mejor se creyese lo que intentaba con aquel disfraz.

<sup>4</sup> Contra los moros, se entiende.

367.

ROLDAN DESTERRADO. — II.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

En Francia la noblecida,  
En ese tiempo pasado  
Cuando Carlos emperante  
La tenia á su mandado,  
Cuando Reinaldos campaba,  
Y Roldan el esforzado,  
Cuando casi todo el mundo  
De moros era ocupado,  
En la ciudad de Paris  
Gran fiesta se ha celebrado,  
La cual dicen de San Jorge  
Patron de Aragon llamado.  
Hácela el Emperador  
Porque tan bien le ha ayudado.  
Manda llamar á los grandes  
Cuantos tiene á su mandado,  
Que cada uno viniese  
Segun que fuese su estado.  
Allí vino Oliveros  
Y Roldan el esforzado,  
Que de atavios y galas  
Era este el señalado :  
Tambien Beltran Salazar  
Con su pompa y con su estado,  
Y vinieron Don Astolfo  
Y Don Salino su hermano ;  
Y vinieron tantos grandes  
Qu'es imposible contar.  
Cuando todos fuéron juntos,  
La fiesta se ha celebrado :  
Nunca Don Reinaldos vino  
Que en Montalvan no se ha hallado.  
Cuando el falso Galalon  
D'esto fué certificado,  
Fuése al Emperador  
Con un rostro mesurado.  
Arrodillóse á sus piés,  
Y d'esta suerte le ha hablado :  
—¡ Oh señor Emperador !  
Dios te prospere tu estado,  
Y te deje ver cumplido  
Lo por tí ya deseado :  
Bien has visto y conocido  
Quien está á tu mandado :  
Todos los qu'en Francia están  
Han venido á tu llamado,  
Si no Don Reinaldos solo  
Que te ha menospreciado,  
Pues el mandamiento tuyo

En muy poco lo ha estimado :  
 Por lo que , señor , te ruego  
 Que luego le des el pago,  
 Y qu'en presencia de todos  
 Por traidor él sea dado.—  
 Habló allí el Emperador,  
 Y tal respuesta le ha dado.  
 —Pláceme, Don Ganalon,  
 Qu'eso lo haré de buen grado,  
 Por hacer á vos placer  
 Y porque él sea castigado.—  
 Allí en presencia de todos  
 Por traidor le había dado.  
 Mucho pesara á los grandes  
 Qu'en la sala se han hallado.  
 Cuando aquesta triste nueva  
 Por Paris se ha divulgado,  
 Fuése luego Oliveros  
 Y á Don Roldan ha hablado,  
 Contándole la traicion  
 Que Ganalon había armado.  
 Cuando el fuerte Don Roldan  
 D'esto fué certificado,  
 Descabalgó de una mula  
 Y en caballo ha cabalgado;  
 Por las calles de Paris  
 Malamente va enojado.  
 Fuése para el Emperador,  
 Y d'esta suerte le ha hablado  
 —Mucho me pesa, señor,  
 D'esto estoy muy enojado,  
 Que á Reinaldos en ausencia  
 Tan mal le hayais tratado  
 Por consejo de un traidor;  
 ¡No merecia este pago!  
 Debíeroseos acordar.  
 De aquese tiempo pasado  
 Cuando estábades perdido  
 De amores apasionado  
 De la infanta Belisarda,  
 Mora de muy gran estado,  
 Y cuando él os vido herido,  
 Y de amor acogojado,  
 Puso la vida por vos  
 Hasta haberos remediado,  
 Y que pasó á los sus reinos  
 Y á su padre había matado.  
 Mató tambien tres gigantes  
 Que allí lo estaban guardando;  
 Mató muchos caballeros,  
 Que en su mano habían entrado,  
 Y á pesar de todo el reino  
 A la Infanta se ha llevado.  
 Púsola en vuestro poder  
 Por quitaros el cuidado;  
 Y allá en Córdoba la llana,  
 Recordaos lo que ha pasado,  
 Que si no fuera por él  
 Quedárades cautivado;  
 Mas con sus ingenios y artes  
 El os hizo libertado.  
 Mató á Madama Ruanza  
 Reina de tan gran estado.  
 Muchas cosas os ha hecho;  
 De todas le dais mal pago;  
 Mas el falso Ganalon  
 Que tal os ha aconsejado,  
 Antes que venga mañana  
 Recibirá de mí el pago.—  
 El Emperador con enojo  
 Un bofetón le había dado  
 Diciendo : — ¡Mal caballero,  
 Vos habeis de ser osado  
 En la presencia del Rey  
 Hablar tan desmesurado!  
 ¡Yo os juro por mi corona  
 Que vos seais castigado! —  
 El buen conde Don Roldan  
 Malamente se ha enojado :

En un altar que allí había  
 Un juramento ha jurado  
 De jamás entrar en Francia  
 Hasta que fuese vengado.  
 Estas palabras diciendo  
 Echó la escalera abajo :  
 Fuérase para su casa,  
 ¡Malamente va enojado!  
 Demandó presto sus armas  
 Y muy apriesa fué armado :  
 Sin poner pié en el estribo  
 A caballo ha cabalgado.  
 Ya se sale de Paris;  
 ¡Malamente va enojado!  
 Por sus jornadas contadas  
 En España fué llegado.  
 Andando por los caminos  
 Sus aventuras buscando  
 Encontró con un morisco  
 Qu'el mar estaba mirando.  
 Guarda era de una puente  
 Que á nadie deja pasar :  
 Si no de grado, por fuerza  
 Con él ha de pelear,  
 Porque su señor el Rey  
 Así lo fuera á mandar,  
 Que hombre que viniese armado  
 No le dejase pasar,  
 O que dejase las armas,  
 Si en el reino queria entrar.  
 Don Roldan con grande enojo,  
 Que había en lo escuchar,  
 Hablóle muy denodado,  
 Tal respuesta le fué á dar.  
 —Que por tal hombre como él  
 Las armas no ha de dejar,  
 Qu'en el mundo no es nacido  
 Quien se las haya de llevar.—  
 Respondiérale el moro,  
 Tal respuesta le fué á dar.  
 —Si así quieres, caballero,  
 Luego se haya de librar,  
 Que yo te las quitaré  
 O yo quedaré con mal.—  
 Luego abajaron sus lanzas  
 Y se fuéron á encontrar,  
 Y á los primeros encuentros  
 Las lanzas quebrado han.  
 Echan mano á las espadas  
 De priesa y no de vagar :  
 ¡Tan fuertes golpes se daban  
 Qu'era cosa de mirar!  
 Alzó el moro la su espada,  
 A Don Roldan fué á acertar  
 Encima de su cabeza  
 Que lo hizo arrodillar.  
 Don Roldan desqu'esto vido  
 Un tal golpe le fué á dar  
 Con el tajo de su espada,  
 Qu'el cuerpo le fué á cortar.  
 El moro que así se vido  
 Con herida tan mortal,  
 Dábale tan grandes golpes,  
 Que á Roldan hacia temblar.  
 Cuando Roldan esto vido  
 Comenzara de hablar :  
 — ¡Oh ! maldito sea en hombre  
 Que no sentia su mal!  
 ¡Tiene las tripas colgando  
 Y quiere mas pelear! —  
 Respondiérale el moro,  
 Tal respuesta le fué á dar :  
 — Bien veo que mi vivir  
 No puede mucho durar,  
 Mas tu vida con la mía,  
 Juntas deben acabar.—  
 Bájase á adobar la espuela,  
 Que se la queria quitar :  
 Desque fuera abajado

No se pudo levantar.  
 Murió luego prestamente  
 Sin mas palabras hablar.  
 Quitale luego las armas  
 El bueno de Don Roldan,  
 Y quitóle los vestidos  
 Los suyos le fué á dejar,  
 Y vistióselos al moro,  
 De sus armas se fué á armar.  
 Con un su pajecico  
 En Francia le fué á enviar  
 Que le dijese á su esposa  
 Qu'era su esposo Roldan,  
 Y que muy solememente  
 Le hiciese enterrar.  
 El bueno del pajecico  
 Hizo luego su mandar,  
 Y llevólo para Francia  
 A casa de Don Roldan,  
 Y dícele la embajada  
 Que Roldan le fué á mandar.  
 Con palabras lastimeras  
 Le empezaba de hablar.  
 —Este es el cuerpo, señora,  
 De aquel que no tenia par;  
 El que moros y cristianos  
 Nunca pudieron sobrar.—  
 Desque la triste Doña Alda  
 El cuerpo fuera á mirar,  
 Conoció luego el sayo,  
 Las armas otro que tal :  
 Pensó que era su esposo  
 El esforzado Roldan;  
 ¡ Los llantos qu'ella hacia  
 Dolor era de escuchar!  
 Dentro de muy pocas horas  
 Por Paris se fué á sonar;  
 Por él lloraban los doce,  
 El Emperador otro que tal :  
 Lloraba toda la corte,  
 Y el comun en general,  
 Y en unas solemnes andas  
 Le llevaban á enterrar.  
 Arzobispos y prelados  
 Cuantos en la corte están,  
 Con grande prisa y tristeza  
 Lo llevaron á enterrar.  
 Don Roldan muy bien armado  
 Con las armas que fué á tomar  
 Fuérase para la armada  
 Do el Rey moro fuera á estar.  
 El Rey moro era mancebo  
 Ganoso de pelear :  
 Con los doce Pares de Francia  
 Sus fuerzas queria mostrar.  
 Pensó qu'era el moro valiente  
 Qu'el reino solia guardar.  
 Andando por sus jornadas  
 A Paris van á llegar,  
 Ponen luego su asiento,  
 Asentaron luego su real,  
 Enviaron mensajeros,  
 Que luego se hayan de dar,  
 Y si esto no quisiesen  
 Que salgan á pelear,  
 Qu'él haria así de todos  
 Como hizo de Don Roldan.  
 Respondió el Emperador,  
 Tal respuesta le fué á dar.  
 —Que le placia de buen grado  
 De salir á pelear.—  
 Otro día de mañana  
 Sálese de la ciudad.  
 Con él iba Don Urgel,  
 Con él iba Merian,  
 Con él salian los doce  
 Que á la mesa comen pan.  
 Los caballos van holgados,  
 Empiezan de relinchar ;

Con una furia muy grande  
 En los moros van á dar  
 Haciendo tan cruda guerra  
 Qu'es maravilla mirar.  
 Mas los moros eran tantos  
 Que gran gente va á apresar,  
 Y muchos de los doce Pares  
 A merced fuéron tomar.  
 El Emperador qu'esto vido  
 Empezara de llorar,  
 Mesando de sus cabellos,  
 De su barba otro que tal.  
 Mandó llamar su consejo,  
 Todos los hizo juntar;  
 Dijoles d'esta manera,  
 Empezóles de hablar.  
 —Parientes y amigos míos,  
 A lo que os hice llamar  
 Es que os demando consejo,  
 Que me hayais de aconsejar;  
 ¿Qué haré de tan gran daño?  
 ¿Cómo se ha de reparar?—  
 Allí respondieron todos  
 Y le fuéron á aconsejar,  
 Qu'enviase por Reinaldos  
 Y que lo hiciese llamar,  
 Y que bastaria él solo  
 Para á Paris descercar,  
 Y que le haga mercedes  
 Y le haya de perdonar.  
 El Emperador contento  
 Fué de enviarle á llamar;  
 Contárale todo el hecho  
 Y como fuera á pasar,  
 Y qué aquel moro valiente  
 Mató á su primo Roldan.  
 Ya se sale Don Reinaldos  
 Con los moros pelear;  
 Consigo lleva á Doña Alda  
 La esposa de Don Roldan;  
 Mas tambien sabia Reinaldos,  
 Bien sabia la verdad,  
 Que aquel moro tan valiente  
 Era su primo Roldan,  
 Que un su tío que tenia  
 Le dijera la verdad :  
 Por arte de nigromancia  
 El fuera luego á hallar  
 Que Don Roldan era vivo  
 Y qu'estaba en el real,  
 Y el cuerpo que á Paris trajeron  
 Era un moro qu'él fué á matar.  
 Cuando fué cerca del campo  
 Reinaldos empezó á llamar :  
 Que salga el moro esforzado  
 Con él solo á pelear.  
 A los primeros encuentros  
 Los dos conocido se han :  
 Conociéronse entrambos  
 En el aire del andar.  
 Cuando iban á encontrarse  
 Las lanzas van á bajar :  
 Íbanse con mucho amor  
 Los dos primos á abrazar,  
 Y desque se vieron juntos  
 Los moros manda llamar,  
 Y cuando juntos los vido  
 Comenzóles de hablar.  
 —Valerosos caballeros,  
 Vosotros os querais tornar  
 Y decidle al rey Marfin,  
 Que yo era Don Roldan,  
 Y que yo maté al moro  
 Que era su capitán.—  
 Los moros desque oyeron  
 Tan triste nueva les dar,  
 Lléganse unos con otros  
 Y hacen su capitán;  
 Dicen que los prisioneros

Consigo se han de llevar :  
 Todos se ponen en armas  
 Para matar á Roldan.  
 Reinaldos que aquesto vido  
 Comenzó de pelear,  
 Y Roldan por otra parte,  
 ¡Muy crudos golpes les dan!  
 Mas los moros eran tantos  
 Qu'el sol querian quitar :  
 Haciendo muy cruda guerra  
 Los presos van á soltar,  
 Tomaban de aquellas armas,  
 Comienzan de pelear :  
 Dentro de muy pocas horas  
 Todos los van desbaratar.  
 Quedan señores del campo,  
 Que no hay con quien pelear.  
 Cuando vido Doña Alda  
 A su esposo Don Roldan,  
 Del gran placer que tenia  
 Comenzara de llorar.  
 Cuando el Emperador supo  
 Toda la certenidad,  
 Sale los á recibir  
 Con mucha solemnidad.  
 Abrazaba á Don Reinaldos,  
 Abrazaba á Don Roldan,  
 Diciendo : que tales dos  
 En el mundo no hay su par,  
 Y d'esta manera entraron  
 Con gran fiesta en la ciudad.

(Silva de varios romances.)

<sup>1</sup> Véase la nota del anterior.

<sup>2</sup> Cuando un caballero no asistia al llamamiento de su señor feudal, se le trataba como rebelde y traidor.

<sup>3</sup> Sobre los hechos que aqui se citan hay un poema italiano que precedió al *Orlando innamorato* del Boyardo, y se publicó impreso en Venecia el año de 1481, con el título de *Incomenza el primo libro del innamoramento de Carlo-Magno*, etc. En este mal poema, cuyo asunto quizá está tomado de tradiciones ó novelas populares, se ve al anciano Carlo-Magno apasionarse ciegamente de Belisandra, hija de un rey moro de Africa llamado Trafamier, á la cual habia oído alabar como hermosa, á su bufon Lotiero. Aquejado de grave pasión, Carlo-Magno pide á Roldan y á Reinaldos que le procuren satisfaceria, y ellos para conseguirlo, fingiéndose mercaderes, se embarcan para Brimesta, capital de los estados de Trafamier, ó Trasiomar, adonde llegados se dan tal traza que atrayendo á su embarcación al dicho rey y á su hija, que con tanta benevolencia los habian recibido, Reinaldo le asesina, y volviendo á Francia Belisandra presa, la pone en poder de Carlo-Magno despues de haber recibido de él una gran cantidad de oro en que habian ajustado este servicio. Esta violación de todo derecho fué causa de la guerra que *Fondano*, tío de Belisandra, hizo contra la Francia y sus paladines. El poema está lleno de batallas, de hazañas y de proezas de Roldan, Reinaldos y Oliveros; de traiciones de Galalon, de enojos y reyertas entre el Emperador y Reinaldos: de cuyas resultas este se rebela contra su soberano, se despide de su servicio, llega á ser emperador de Rusia, vuelve á Francia á libertar á los paladines prisioneros y vencidos por los enemigos, y en fin cansado de reinar sobre ellos, deja á los rusos sus vasallos, y vuelve á sus pobres estados de Montalvan para ser un pobre caballero de Carlo-Magno, como siempre lo habia sido.

<sup>4</sup> Ruanza, ó Rovenza, ó Rovanza, era una terrible gigante africana que armada de una maza ó martillo de hierro fué terror y espanto de Carlo-Magno y sus doce pares, que con ejército numeroso estaban delante de Córdoba, que ella defendia. Reinaldos de Montalvan se batió con esta heroína, y solo pudo matarla dándole un golpe á traición. Esta empresa dió asunto á un poema italiano intitulado *Libro chiamato dama Rovenza del Martello*, que fué impreso la primera vez, antes de mediar el siglo xvi.

368.

REINALDOS Y LA INFANTA CELIDONIA. — III.

(Anónimo 4.)

Quando aquel claro lucero  
 Sus rayos quiere enviar  
 Esparcidos por la tierra  
 Por cada parte y lugar;

Quando los prados floridos  
 Suaves olores dan,  
 A mi preciado vergel  
 Me fui para dar lugar  
 A la triste vida mia  
 Y muy gran necesidad.  
 Vide las rosas en flor  
 Que querian ya granar,  
 Hice una guirnalda d'ellas,  
 No hallando á quien la dar.  
 Por un bosque despoblado  
 Comencé de caminar,  
 Y diera en una floresta  
 Do nadie suele pasar.  
 En el dulce mes de mayo  
 Yo me fui por descansar  
 Por medio de una arboleada  
 De cipres y de rosal :  
 Vide una huerta muy florida  
 De jazmines y arrayan ;  
 Los cantos eran tan dulces  
 Que me hicieron parar ;  
 Vi avecitas, que por ellas  
 No hacen sino volar,  
 Papagayo y ruiseñor  
 Decian en su cantar :  
 —¿Dónde vas, el caballero ?  
 Atras te quieras tornar :  
 Hombre que por aqui pasa  
 No puede vivo escapar.—  
 Mirando esas avecitas,  
 Su canto y armonizar,  
 A sombra de un verde pino  
 Me senté por descansar.  
 Hiciera mi cabecera  
 Encima de un arrayan ;  
 Los cuidados dos á dos  
 Me cercaron sin parar :  
 Con un suspiro muy fuerte  
 Comencé de querellar :  
 —¡Oh tú, noble Emperador,  
 Mi gran señor natural,  
 Mira cuán pobre y cuitado  
 Me podrias acatar !<sup>1</sup>  
 Sé que de mi mal te place  
 Aunque estoy á tu mandar :  
 Acordásete debía  
 Que te fuiste á enamorar  
 De la infanta Belisandra.<sup>2</sup>  
 Hija del rey Trasiomar.  
 Por librarte á ti de pena  
 Yo me puse á la cobrar  
 Con el noble paladin,  
 El esforzado Roldan.  
 Hizonos por te servir  
 Mercaderes por el mar ;  
 Yo la saque de su tierra  
 Y la puse á tu mandar.  
 ¡Oh todos los doce Pares !  
 ¡Oh Oliveros y Roldan !  
 ¡Oh vos el noble Angeleros  
 Y Angelinos el infante !  
 Ya no os acordais de mí,  
 Ni he con que os pueda honrar.  
 ¡Oh vos, duque Don Estolfo,  
 De Inglaterra capitán !  
 ¡Oh mis señores y amigos,  
 Cuán ledos os veo estar !—  
 Tomóle tal pensamiento  
 De se haber de desterrar  
 En las tierras de los moros  
 Por su ventura probar.  
 Estando en este propuesto  
 Se tornó á Montalvan :  
 Sin despedirse de alguno  
 Luego al momento se va.  
 Por sus jornadas contadas  
 A Paris llegado ha,  
 A Roldan fué á rogar luego

Que le quiera acompañar,  
 Que se va á unos torneos  
 Que hacen allende el mar.  
 Don Roldan que es codicioso  
 De fama y honra ganar,  
 Adereza su partida  
 Sin en nada discrepar.  
 En forma de peregrinos,  
 Por los moros engañar,  
 Andando por sus jornadas  
 Muy cerca van á llegar.  
 Jueves era aquel día,  
 La vispera de San Juan,  
 Que un torneo es aplazado  
 Por ser día principal.  
 Esa noche á una floresta  
 Se fuéron á descansar ;  
 Otro día de mañana  
 Clarines oyen sonar,  
 Que sacan á la princesa  
 Por las fiestas mas honrar.  
 Lleva encima la cabeza  
 Una corona real,  
 Sus cabellos esparcidos  
 Que acrecientan su beldad.  
 Ella estaba tan hermosa  
 Que á todos hace turbar,  
 Muchas doncellas delante,  
 Todas dicen un cantar.  
 Comenzó de hablar luego  
 El esforzado Roldan :  
 —¡Oh Dios, y qué linda dama !  
 ¡En el mundo no hay su par,  
 Sin ofender á Doña Alda !  
 Yo la quisiera gozar.—  
 Reinaldos con turbación  
 De lo que dijo Roldan,  
 Con el gesto demudado  
 Le comenzó de hablar :  
 —Primo, excusado os fuera  
 De tal suerte blasonar,  
 Porque Celidonia es mia,  
 Yo la entiendo de ganar.  
 Si no me sois enemigo,  
 En ello no habeis de hablar.—  
 Con gran enojo que tiene  
 Se pone encima Bayarte :  
 Va derecho para el campo  
 Por los torneos ganar ;  
 Vido muchos caballeros  
 Del caballo en tierra dar.  
 Mira al mas valiente d'ellos,  
 Que era el rey Gargaray,  
 Derrocando caballeros  
 Cuantos topaba á lanzar.  
 Por encima del arzon  
 Al moro fué á derribar,  
 Al moro y caballo en tierra :  
 Y al caballo fué á picar,  
 Derrocando á cuantos topa  
 Y podia alcanzar.  
 ¡Raras maravillas hace  
 Que espanto pone en mirar !  
 En esto aquel gran Rey moro  
 Tornó presto á lidiar.  
 Ya se parte Don Reinaldos  
 Otra vez por le encontrar ;  
 Tan fuerte golpe le diera,  
 Que otra vez lo fué á lanzar :  
 Con el coraje el rey moro  
 No tiene en nada su mal.  
 Nadie justa con Reinaldos,  
 Nadie le osa esperar :  
 De los golpes que reciben  
 Van huyendo sin parar.  
 Ya Febo se declinaba  
 Hácia el Océano mar,  
 Cuando el gran rey Agolandro  
 Clarines mandó sonar,

Porque paren los torneos  
 Y vayan á reposar  
 Hasta en el día siguiente  
 Que los tiene de acabar.  
 Reinaldos iba tan fuerte,  
 Que espanto pone mirar ;  
 Don Roldan que cerca estaba  
 Viénele luego á abrazar.  
 —¿Qué es aquesto, primo mio ?  
 ¿Cómo andais sin aguardar ?  
 ¡Tanto holgaba de veros,  
 Que olvidaba el pelear,  
 Viendo vuestra gran destreza  
 Contra el gran rey Gargaray !  
 —Vos lo decis, señor mio,  
 Que me quereis motejar :  
 Vámonos, señor, al monte,  
 Do solemos albergar,  
 No nos conozcan los moros,  
 No entremos en la ciudad.—  
 El fuerte Rey que los vido<sup>4</sup>  
 Comenzólos de llamar :  
 —Oh vos, fuertes peregrinos,  
 ¿Dónde vos vais á holgar ?  
 —Señor, vámonos al monte ;  
 No teniendo que gastar,  
 No nos quieren dar posada  
 Por Dios ni por caridad :  
 Pasamos al gran Mahoma  
 Por su templo visitar.  
 —Señores, si vos pluguiese,  
 Yo vos quiero aposentar.—  
 Don Reinaldos habló luego :  
 —Cúmplase vuestro mandar.—  
 Hicieronles dar posada  
 En acertado lugar,  
 Que el moro es acostumbrado  
 A romeros albergar.  
 Luego les vino mensaje  
 Que el Rey los envia á llamar :  
 Dijoles que los caballeros  
 Son Reinaldos y Roldan,  
 Que su amigo Galalon  
 Se lo enviaba á avisar.  
 Todos se ponen en armas  
 Para haberlos de matar ;  
 El buen Rey que aquesto vido  
 Altas voces fué á dar :  
 —¡Ah caballeros galanes  
 De corte tan principal !  
 Yo no soy de parecer  
 Que así se hayan de tratar  
 Los mejores caballeros  
 De toda la cristiandad.  
 Pues que yo les di seguro,  
 Yo no les puedo faltar ;  
 Mas luego siendo de día  
 Os podeis todos armar,  
 Y como gentiles hombres  
 Con ellos en campo entrar.—  
 Ya se partia el buen Rey,  
 Y á los romeros se va.  
 —¡Oh los nobles caballeros,  
 Reinaldos y Don Roldan !  
 Séades los bien venidos  
 Los dos cristianos sin par.  
 Sabed que Don Galalon  
 Una carta fué á enviar  
 En que nos dice por ella  
 Que veniades á matar  
 Al noble rey Agolandro,  
 Y él nos hiciera llamar,  
 Do se determinó luego  
 De venir á vos matar,  
 Si no por respeto mio,  
 Que nunca les di lugar ;  
 Mas sabed que en la mañana  
 En batalla habeis de entrar  
 Vos, y el noble paladin

Con cuantos allí vendrán ;  
Y vos, señor Don Reinaldos,  
No os podeis excusar  
Que conmigo y cuatro reyes  
En campo os habeis de hallar ;  
Por ende esforzaos mucho. —  
Luego los fuera á abrazar.  
Don Reinaldos le responde :  
— ¡ Grande es, señor, tu bondad !  
¡ Grandemente nos obligas  
Mas que podríais pensar ! —  
El Rey se despidió d'ellos  
Y á su casa fué á cenar.  
Otro día, el sol salido,  
El Rey los vino á llamar :  
Ya se ponen los arneses,  
Y el Rey los ayuda á armar,  
Y cuando armados los vido  
Comenzóles de hablar :  
— ¡ Oh los nobles caballeros,  
Querádesme perdonar,  
Porque en viendos armados  
Enemigo os soy mortal ! —  
Dicho esto fuese luego  
Sin mas palabras hablar :  
Apréstanse los dos primos  
Y á la batalla se van.  
Bayarte que ve la gente  
Espanto pone en mirar ;  
Dando corcovos y empinos  
Comienza de relinchar.  
Tan fuerte va para ellos  
Que la tierra hace temblar.  
Reinaldos mira á los reyes  
Con quien ha de pelear :  
Tambien mira á Celidonia  
Que en el cadahalso está.  
Tanto coraje le crece  
Que comienza de hablar :  
— ¡ Oh vosotros los romanos,  
Todos venid á ayudar  
A aquestos cinco reyes  
Que conmigo han de justar ;  
Porque en el día de plañ  
Yo les quiero demostrar  
Las fuerzas que Dios me dió  
Por su santa fe ensalzar ! —  
Da de espuelas al caballo,  
En el campo fué á entrar.  
Los reyes que entrar lo ven  
Juntos lo van á encenar  
De tal suerte, que las lanzas  
En piezas hacen volar :  
Mas Reinaldos con esfuerzo  
Encontró al rey Gargaray  
De tal suerte, que la lanza  
Le pasó al espaldar.  
No le duraron los otros,  
Que á todos los fué á matar,  
Y quebrada la su lanza  
A Fisberta fué á sacar  
Haciendo mil maravillas  
Por en el campo quedar,  
Hasta topar á su primo  
El buen paladin Roldan,  
Que llevaba un gran tropel  
De morisma á mal andar.  
Despues que juntos se vieron  
Muy gran contento se dan ;  
Con esfuerzo denodado  
Renuevan el pelear.  
Tantos matan de los moros,  
Que no hay cuenta ni par :  
El alarido es tan grande  
Que al cielo quiere llegar.  
Alzó los ojos Reinaldos  
A do el cadahalso está ;  
Vido muchos caballeros  
A la Princesa guardar ;

Allegóse para ellos  
Con muy gran ferocidad ;  
El estruendo que traía  
La tierra hace temblar ;  
A la bella Celidonia  
Fué en su caballo á sentar :  
Arremete con denuedo  
Por la batalla dejar.  
Los moros que aquesto vieron  
No le osaban dañar  
Por no dar á la Princesa  
Ni le hacer algun mal.  
Con sollozos y gemidos,  
Que al cielo quieren llegar ;  
Lloran su gran perdicion,  
La muerte de Gargaray.  
La Princesa ya vencida  
D'este que no tiene par,  
Con una voz delicada  
Comenzóle de hablar :  
— ¡ Oh señor, en qué peligró  
Os poneis en me llevar !  
¡ Mas querria yo morir  
Que no vuestro peligrar ! —  
Abrazándola muy fuerte,  
En el rostro la fué á besar ;  
Por su delicados ojos  
Lágrimas vieron saltar,  
Temiendo de lo perder,  
Viéndolo tanto aquejar,  
Que su rostro de Reinaldos  
En agua hizo bañar.  
Vuélvese á consolarla  
Con amoroso hablar :  
— Esforzad, señora mia,  
No querades desmayar. —  
Ellos estando en aquesto  
Su hermano fuera á llegar ;  
Dádole ha cruel herida,  
Su cuerpo le fué á pasar  
En los brazos de Reinaldos,  
Que su fin fuera á causar :  
Con voz ronca y muy plañida  
Comenzara de hablar :  
— ¡ Oh amor mio y mi bien,  
De mí os querais acordar !  
Pues yo recibo la muerte  
No me querais olvidar,  
Sabiendo vos, amor mio,  
Que os iba yo acompañar,  
Dejando yo al Rey mi padre  
Con tanto enojo y pesar.  
¡ Oh qué pena y qué pasión  
Llevo en aqueste pensar ! —  
El rostro se le desmaya,  
La habla fuera á cesar,  
Con un suspiro muy fuerte  
Vieron su fin allegar.  
Don Reinaldos que esto viera  
El color perdido ha,  
Con voz triste y dolorosa  
Comenzóse á lamentar :  
— ¡ Ay desdichado de mí,  
Ya no me quiero nombrar  
El esforzado Reinaldos,  
Ni él me quiero llamar !  
¡ Oh muerte ! ¡ por qué no vienes ?  
No quiero vivo quedar.  
¡ Oh Celidonia, amor mio !  
¿ Dónde te iré yo á buscar ?  
Yo fui de tí homicida,  
Yo solo te fui á matar.  
¡ Oh traidor, mal caballero !  
¿ Qué piensas aquí aguardar ? —  
Vuélvese contra los moros  
Para en ellos se vengar,  
Puso en tierra á Celidonia  
Sintiéndolo mucho su mal ;  
Va buscando al caballero

Que le hizo tal pesar,  
Hiriendo y matando moros  
Cuantos podia topar.  
Hace tal matanza en ellos  
Que es cosa para espantar ;  
Hasta topar su enemigo  
No deja de atropellar.  
Vidole andar en batalla,  
Que parece un gavilan :  
Arremetió para él  
Con esfuerzo singular ;  
Trabóle por los cabellos,  
Del caballo lo fué á echar ;  
Atóle fuerte los piés,  
Y al suyo lo fué á pasar.  
Desde á su guisa lo tuvo  
Tornó presto á cabalgar :  
Va atropellando los moros  
Hasta su primo topar.  
Despues que juntos se vieron  
Comienzan de caminar  
Para la noble de Francia,  
Llevando muy gran pesar.  
La muerte de Celidonia  
No le deja consolar  
Hasta ver á Galalon  
Que tanto mal fué á causar.

(Floresta de varios romances.)

1 ¡ Cuán bella, sencilla y bucólica es la introduccion de este antiguo romance, donde se percibe mas bien el sentimiento de un poeta inspirado, que el toscó y rústico ingenio de un juglar ! Por otra parte en la composicion reina armonía maravillosa, y carece de los defectos de que adolecen otros romances viejos. Mas bien que la mano de los novelistas del Ciclo Carolingio puro, se ve la del Trobera que compuso la tierna historia de Dolino de Maguncia y la inocente y bella Nicoleta, primero y profundo amor de aquel caballero, y cuya muerte fué igual á la de la infanta Celidonia. Ademas este romance respira por todas partes nobles y caballerosos sentimientos, que encantan. La reconciliacion generosa de Roldan y de Reinaldos, la accion noble del rey moro que los avisa de la perdición de Galalon, y que no consiente combatirlos hasta que los ve armados : todo está lleno del espíritu de caballería. El estilo de la composicion, si bien no culto ni correcto, es sin embargo fácil y corriente, comparado con el de otros romances viejos. Participa sin embargo mucho de las formas de estos, aunque corregidas y mejor dispuestas. Acaso algun poeta artistico se apoderó de la tradicion de un romance viejo, y le trasformó tal como se ve aqui. Pudiera sospecharse que el del número 369, mas antiguo que el que anotamos, y que parece composicion improvisada, sugiriese al poeta el asunto, que modificado por él, produjo el de este número 368.

2 Acatar, debe decir Catar, pero es frecuente que los compositores de romances, harto malos poetas, usaban de esta clase de licencias para llenar la medida del verso.

3 Véase la nota 3 del anterior romance, num. 367.

4 Segun el contexto del romance, este rey tan generoso con los dos caballeros es Gargaray, á quien Reinaldos habia derribado en el torneo.

## 369.

ROLDAN Y REINALDOS CONQUISTAN LOS REINOS DEL MORO  
ALUARDE.—IV.

(Anónimo 1.)

Estábase Don Reinaldos  
En Paris, esa ciudad,  
Con su primo Malgesi  
Que bien sabe adivinar.  
Estábase preguntando,  
El le queria demandar :  
—Primo mio, primo mio,  
Primo mio natural,  
Mucho os ruego de mi parte  
Me lo querais otorgar,  
Pues que de nigromancia  
Es vuestro saber y alcanzar,  
Que me digais una cosa  
Que yo os quiero demandar :  
La mas linda mujer del mundo  
¿ Dónde la podria hallar ?

—Pláceme, dijo su primo,  
Pláceme de voluntad.—  
Luego mandó á un espíritu  
Que dijese la verdad,  
O se la trajese delante  
Presto sin mas se tardar.  
El, como era premiado,  
Dijo luego su mandar,  
Que el rey moro Aliarde  
Tenia hija de poca edad,  
Que en el mundo no habia otra  
Que fuese con ella igual.  
Este tiene el reino lejos,  
Tiénelo allende la mar,  
En tierras muy apartadas  
Que no eran de conquistar.  
Reinaldos de que esto supo  
No quiso mas aguardar ;  
Pidió licencia al Emperador,  
El se la fué luego á dar :  
No se la diera de grado,  
Mas contra su voluntad,  
Que se queria ir á los reinos,  
Que estaban allende el mar,  
Del moro rey Aliarde,  
Para con su hija hablar.  
Despidióse del Emperador,  
De los doce otro que tal.  
Ya se parte Don Reinaldos,  
Ya se parte, ya se va,  
Ibase para los reinos  
Que están allende la mar :  
Con él iba un pajecico  
Que lo solia acompañar.  
Andando por sus jornadas  
Al reino fué á llegar :  
Fuérase para la villa  
Do el Rey moro suele estar :  
Hallólo en sus palacios,  
Que se queria armar,  
Porque así lo acostumbraba  
Por mas se asegurar,  
Y luego que hubo llegado  
El Rey le fué saludar :  
— ¿ De dónde es vuestra venida ?  
¿ O cómo os soleis nombrar ?  
— Señor, soy un caballero,  
De Francia es mi natural :  
Desterróme el Emperador ;  
En Francia no puedo entrar,  
Por eso vengo á servir  
A tu Alteza real.  
— Pues que venis muy cansado  
De tan largo caminar,  
Reposad en mi palacio,  
Que podreis bien descansar. —  
Don Reinaldos pidió un laud,  
Que lo sabia bien tocar :  
Ya comienza de tañer,  
Muy dulcemente á cantar.  
Que á todo hombre que lo oia  
Parecia celestial.  
Bien lo oia la Infanta,  
Y holgaba de lo escuchar.  
Desde lo vió tan gracioso  
De gracias muy singular,  
El amor que nunca cesa  
En ella fué aposentar.  
Tales fuéron sus amores  
Que no los podia encelar :  
Amores de Don Reinaldos  
No la dejan reposar.  
Tambien se enamoró él de ella,  
¡ Tanta era su beldad !  
Enviólo á llamar la Infanta  
Que viniese á le hablar ;  
Muy cortés y mesurado  
Las manos le fué á besar ;  
La Infanta era discreta